

La ciudad no es la gente

Oriol BOHIGAS

Arquitecto

RESUMEN: Cualquier tema de profundo alcance social suele ser un entramado complejo, una vivencia sometida a cambios constantes y, por tanto, a nuevos métodos de análisis y nuevas líneas programáticas adaptadas a las sucesivas circunstancias. Incluso, a menudo, estas nuevas líneas obligan a cambiar el encuadre disciplinar de los profesionales que tradicionalmente se ocupaban del tema. Uno de los casos más evidentes y significativos es el urbanismo en sus distintas variedades y en sus diversas escalas.

DESCRIPTORES: Ciudades. Urbanismo.

A lo largo de la historia moderna se han situado en la hegemonía profesional del urbanismo —y a veces con firme exclusividad— profesiones diversas: militares, médicos, epidemiólogos y especialistas en sanidad urbana, arquitectos, ingenieros de toda especie, alcaldes y demás autoridades políticas, funcionarios obsesionados por los problemas de gestión, historiadores, economistas, sociólogos, geógrafos, abogados aplicando, todos ellos, a la ciudad las utopías angélicas de la socialización o las realidades diabólicas de la especulación territorial. Y —con persistencia cósmica— la fuerza ejecutiva de los grandes lobbies inmobiliarios. Desde el siglo XVIII, el arquitecto y el ingeniero —apoyados por otros técnicos y artistas al servicio del poder— han sido los que han encarnado más directamente la indeterminada profesión del urbanista, entendido como el interpretador de la decisión de los políticos —en régimen democrático o en despotismos aproximadamente ilustrados— que son, finalmente, los auténticos autores de la ciudad con su criterio o con su impuesta fal-

ta de criterio, es decir, su consciente incapacidad de diseño. Lo cual es también una propuesta programática que derivaría hacia dos caminos políticos: la ciudad del anarquismo o la ciudad neoliberal, dos extremos que en la práctica urbana acaban coincidiendo.

Se suele hablar de una cierta lucha gremial entre arquitectos e ingenieros para apropiarse la preeminencia profesional, cuando en realidad éste no sería más que un problema puntual y casi personal porque ambos profesionales pertenecen al mismo mundo del diseño y trabajan precisamente en la determinación de formas físicas, correspondientes a unas funciones previamente planteadas —en el terreno puramente funcional y en el campo comprometido de la cultura—. En cambio, están apareciendo otros profesionales que pueden representar el inicio de algún cambio categórico en los objetivos habituales del urbanismo. Me refiero a las diversas disciplinas que se mueven entorno de la sociología, la antropología, la psicología colectiva, etc.

Recibido: 27.09.2011
e-mail: obohigas@mbmarquitectes.cat

En las campañas electorales recientes hemos oído cómo muchos partidos políticos marcados por una voluntad progresista y por una literatura de gesto izquierdoso, utilizaban un aparato eslogan cuando hablaban de urbanismo: «La ciudad es la gente». Con él querían afirmar una política urbanística en contra de potenciar y dar significado expresivo e ideológico a «la piedra, el cemento y el asfalto» de los arquitectos y los ingenieros, utilizando una metáfora populista de contenido claramente reaccionario. Porque, evidentemente, la ciudad no es la gente en su autonomía salvaje. La ciudad es un conjunto de espacios e instrumentos artificiales, diseñados para que sean utilizados por el género humano en un proceso cultural y en condiciones mucho más apropiadas que las que la torpe naturaleza le ofrece. Una realidad ambiental que incite y potencie unas relaciones sociales que definen la civilización.

La ciudad es, pues, un proyecto arquitectónico en el que se desarrolla —y se promueve con intención y fundamentos políticos— una manera de convivencia y, por lo tanto, una propuesta política. La arquitectura de la ciudad —es decir, la ciudad— es el marco en que se incluye la posibilidad de desarrollo de un programa social y político y es también el ámbito construido artificialmente para empujar al ciudadano hacia una forma de vida y unas maneras de asociación. La ciudad es una propuesta política, en la cual tiene una importancia fundamental la forma y la expresión de los espacios públicos y/o privados, colectivos y/o singularizados. Hemos dicho muchas veces —antes de esos nuevos populismos— que la ciudad es «sus espacios públicos». Podríamos mejorar el eslogan diciendo que la ciudad es un escenario artificial, antinatural, construido para que el género humano viva en unas determinadas condiciones políticas. Por tanto, la ciudad no es la gente, sino su casa y su ámbito cultural civilizado. Y, por tanto, en la realización de la ciudad hay un aspecto fundamental que es el diseño de la forma urbana a partir de un programa político. Pero el programa social y político no es un proyecto de realización física, sino de contenido moral. Y no hay urbanismo real si no hay definición proyectual que sepa asumir aquellos contenidos. El urbanismo es la ciencia y el método para traducir a proyecto realizable —diseñar— aquellos contenidos políticos. Si no hay una decisión formal, no hay urbanismo. La forma de los objetos y los ámbitos del entorno es el medio más eficaz para imponer un comportamiento. Y esa conversión proyectual es precisamente la primordial característica de los profesionales del diseño. Por esto los arquitectos y los ingenieros sol-

ventes y responsables siempre han pensado que con sus obras participaban a la divulgación de una nueva organización social y, a menudo, a provocarla. Y por esto el urbanismo se ha asimilado profesionalmente a la metodología del diseño de la construcción, presidida por arquitectos e ingenieros.

¿De dónde proviene, pues, el empeño en tergiversar los términos y llamar ciudad a los ciudadanos? No vamos a responder con anécdotas de competencias gremiales, pero la pérdida de la hegemonía profesional de los arquitectos y los ingenieros a favor de sociólogos, antropólogos, biólogos, postgraduados en cualquier lujo humanístico es un fenómeno que acarrea confusiones porque ataca la estructura conceptual. En efecto, la cita exclusiva de «la gente» es un error de definición que hay que interpretar como un manifiesto muy oportuno a favor de la prioridad del discurso teórico y la programación política, antes de cualquier formalización, cualquier diseño o cualquier veleidad ornamental no sometida al discurso general. Es decir, la forma de la ciudad hay que determinarla interpretando e intensificando la idea política de la ciudad. Pero, simultáneamente, el cambio de método profesional —la reducción de los métodos de diseño y de precisión formal— puede tener otra interpretación menos positiva: el repudio de la precisión proyectual que obligaría a los políticos a la afirmación de responsabilidades y a la redacción de programas comprometidos.

En conjunto, pues, se trata de una general aberración que proviene de una deficiencia política. La ambigua referencia a “la gente” es una manera de eludir el compromiso de lo concreto y, sobre todo, la exigencia de responsabilidad en la definición del programa sociopolítico. La exagerada ampliación de profesionales dedicados al urbanismo y la reducción de aquellos que son especialistas en definir formas condicionadas conceptualmente —los diseñadores— es, pues, una tendencia que está reduciendo la capacidad de transformación social del urbanismo y reduce la imposición de unos principios políticos. Esta tendencia es similar en otros acontecimientos paralelos, desde las vías de participación vecinal al margen de la ideología programada democráticamente, hasta los métodos de planificación que siguen priorizando la ambigüedad informal del Plan General a la formalización comprometida de los Proyectos Urbanos.

Atribuir a los programadores sociales, económicos, políticos la capacidad de definir los ámbitos físicos —la construcción de la ciudad—

aparenta ser un acierto porque es una manifestación a favor de priorizar la idea al proyecto. Pero, por otro lado, si ello comporta la pérdida de los métodos de diseño substanciales en la arquitectura, la ausencia de pro-

puesta proyectual concreta se convierte en una triste llamada a la inoperancia, a la irresponsabilidad, a la banalidad de tanta planificación inútil, muerta en los papeles de la ambigüedad política.